

Actividad 3: La filosofía política en nuestras conversaciones cotidianas

PROPÓSITO

Se espera que los estudiantes reconozcan algunas de las principales perspectivas de la filosofía política y apliquen los argumentos que derivan de ellas en debates contingentes.

OBJETIVOS DE APRENDIZAJE

OA 1

Formular preguntas e hipótesis acerca de un problema político a partir de la lectura de textos filosóficos fundamentales, considerando diversas perspectivas y métodos propios de la disciplina.

OA 6

Distinguir argumentos válidos o falaces, a fin de comparar razonamientos filosóficos relativos al poder y la política desde diversas corrientes de pensamiento filosófico y posicionarse de modo consistente frente a ellos.

OA b

Analizar y fundamentar problemas presentes en textos filosóficos, considerando sus supuestos, conceptos, métodos de razonamiento e implicancias en la vida cotidiana.

ACTITUDES

- Pensar con autorreflexión y autonomía para gestionar el propio aprendizaje, identificando capacidades, fortalezas y aspectos por mejorar.

DURACIÓN:

12 horas pedagógicas

DESARROLLO DE LA ACTIVIDAD

RECONOCIENDO LAS PRINCIPALES CORRIENTES DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA

El docente introduce la actividad comentando alguna noticia contingente que suscite debates vinculados con los temas que se estudiarán en los textos. Por ejemplo, aquellos relacionados con proyectos de ley que propongan aumentar los impuestos a las empresas.

En grupos leen un texto argumentativo que defienda alguna de las principales perspectivas filosóficas que se ha propuesto a lo largo de la historia para reflexionar sobre los fenómenos políticos (liberalismo, marxismo, republicanism, comunitarismo, feminismo y neoliberalismo). Por ejemplo, un texto clásico que defienda un punto esencial del liberalismo político o del socialismo en alguna de sus formas (ver ítem “Recursos y sitios web”).

Para guiar la lectura, el profesor les pide que respondan las siguientes preguntas por escrito:

- ¿Cuál es la tesis planteada? Expliquen su significado.
- ¿Qué argumentos sostienen la tesis?
- ¿Qué supuestos están implicados en la tesis y/o argumentos planteados?
- ¿Cómo se relacionan las ideas del texto con algunos problemas sociales o económicos actuales?

El docente escoge a un integrante de cada grupo para que exponga en voz alta las respuestas, y propone un debate al respecto. Puede plantear las siguientes preguntas:

- ¿Cuáles son los bienes humanos que toda sociedad política debiera garantizar a las personas que la componen?
- Según los mismos argumentos del texto, ¿pueden concebir alguna postura distinta que resuelva los mismos problemas?

En esta parte, es importante que el docente señale los supuestos conceptuales implícitos que sostienen la argumentación. Conviene que también se refiera a las posturas intermedias. Por ejemplo, si el texto escogido defiende ideas cuya perspectiva cae dentro de alguna clase de socialismo, el profesor se puede referir a ideas propias del comunitarismo. Si el texto se sitúa en una perspectiva que pueda clasificarse dentro del liberalismo en su orientación más clásica, puede mencionar el liberalismo de un autor como John Rawls. La idea es aprovechar la oportunidad de integrar distintas posturas sin que tengan que examinar muchos textos.

Basándose en las intervenciones de los estudiantes, el profesor aclara conceptos fundamentales e integra de manera sintética los que vayan apareciendo.

RECONOCIENDO LAS PRINCIPALES CORRIENTES DE LA FILOSOFÍA POLÍTICA

Los alumnos analizan un nuevo texto que argumente una postura contraria a la que revisaron antes. Para guiar la lectura, les solicita que respondan por escrito a las siguientes preguntas:

- ¿Cuál es la tesis planteada? Expliquen su significado.
- ¿Qué argumentos sostienen la tesis?
- ¿Qué supuestos están implicados en la tesis y/o los argumentos planteados?
- ¿Cuáles son los aspectos más importantes que permiten diferenciar este texto leído del anterior?
- ¿Cómo se relacionan las ideas del texto con algunos problemas sociales o económicos actuales?

El profesor escoge a un integrante de cada grupo para que exponga las respuestas en voz alta.

Asimismo, estimula un debate en torno a las ideas de los alumnos al respecto. Puede plantear las siguientes preguntas:

Es importante que escoja un texto que defienda claramente una tesis contraria a la del primero; conviene que ninguno se sitúe en posturas que puedan clasificarse como intermedias. Por ejemplo, si en la etapa 1 se utilizó un texto de Adam Smith en el que defiende el libre mercado, en la etapa 2 conviene que usar uno de Marx o de cualquier autor que defienda ideas opuestas. El profesor les preguntará sobre las posturas intermedias cuando conversen sobre los textos.

- ¿Cuál de los dos textos ofrece una doctrina que, a su juicio, garantiza mejor que la sociedad obtenga los bienes fundamentales?
- A partir de los argumentos de ambos textos, ¿se puede proponer alguna postura intermedia?

Basándose en las intervenciones de los estudiantes, el profesor aclara conceptos fundamentales e integra de manera sintética los que vayan apareciendo. También les propone algunas posturas intermedias importantes de la historia de la filosofía política.

¿QUÉ CARACTERÍSTICAS POSEE UN DIÁLOGO QUE APLICA IDEAS FILOSÓFICAS?

Los alumnos leen individualmente un texto que contenga un diálogo filosófico; tiene que incluir ideas que se pueda vincular con las principales corrientes de la filosofía política. Se sugiere algún extracto de las obras de Platón. En ellas, el pensador plantea varias de las preguntas que, en la historia de Occidente, originaron las distintas perspectivas políticas actuales, ya sea para defenderlas, refutarlas o adaptarlas. En la *República* hay un buen ejemplo de discusión en la que se van forjando las respuestas a un problema gracias a un diálogo lleno de argumentos, objeciones, malentendidos y redefiniciones. Puede ser el Libro I, capítulos XII-XV (Ril, Santiago de Chile, 2017, pp. 55-64), en el que se discute sobre el concepto de justicia social.

Relaciones interdisciplinarias:
Lengua y Literatura: Discurso argumentativo (4°M, OA 3)

El profesor les pide que escriban un documento en el que:

- 1) Identifiquen cómo se vincula el tema discutido en el texto con los problemas analizados en las dos primeras etapas.
- 2) Describan la tesis defendida en el diálogo y los argumentos utilizados.
- 3) Reconozcan las distintas etapas de la argumentación que nacen de las preguntas de los interlocutores al personaje que defiende las ideas del autor (por ejemplo: Sócrates).

Se sugiere plantear las siguientes preguntas:

- ¿Cuál es la pregunta central que pretende responder el texto?
- ¿Cómo se vincula con las preguntas que buscan responder los textos vistos en las etapas 1 y 2?
- ¿Cuál es la tesis y los argumentos que emplea?
- ¿De qué manera las preguntas de los interlocutores obligan al personaje principal a definir los términos que emplea?
- ¿Cómo obligan las objeciones o preguntas de los interlocutores a que el personaje principal reformule su tesis o sus argumentos?
- ¿De qué modo las objeciones de los interlocutores exigen que el personaje dé argumentos adicionales?

La importancia de esta segunda etapa es que los estudiantes podrán reconocer las distintas fases por las que puede pasar un diálogo filosófico y replicarlas cuando lo elaboren.

ELABORACIÓN DE UN CÓMIC FILOSÓFICO

El docente pide a los mismos grupos de las etapas anteriores que elaboren un cómic que incluya un diálogo filosófico en torno a alguna situación concreta. Por ejemplo, si la situación concreta es el precio elevado de las prestaciones de salud, el cómic puede comenzar narrando la situación de una persona que está enferma y no puede pagar una prestación que le devolverá su salud; eso suscita una discusión filosófica entre personas que observaron lo ocurrido.

Esta última etapa de la actividad se divide en tres partes:

Un cómic es una secuencia de viñetas que narran una historia. La viñeta es un recuadro que contiene un suceso que forma parte de una historia mayor en formato de dibujo. Los dibujos de cada viñeta contienen también los diálogos y las interacciones entre los personajes.

A. Recuento de las ideas estudiadas y escoger cuáles utilizarán

A partir de los textos leídos y comentados en las primeras etapas, cada grupo elabora una lista con las ideas más importantes de dichos textos y anotan los problemas políticos que intentan resolver. No es necesario que utilicen únicamente las ideas que aparecen en los textos; pueden incluir las ideas que surgieron en los debates.

Relaciones interdisciplinarias:
Artes Visuales: Dibujo (OA 2)

Se recomienda que cada grupo busque algunos extractos que reflejen esas ideas y los modifiquen para usarlos en su cómic.

Luego de discutir, cada grupo escoge qué postura quiere defender en el diálogo de la historieta. Por ejemplo, si en los textos se aborda el rol del Estado en la economía, podrían escoger si conviene o no que el Estado regule los precios. Definen con precisión su postura e eligen argumentos y objeciones a partir de su lista de ideas y de los extractos; además, establecen posibles contraargumentos para neutralizar las objeciones.

El objetivo de esta parte es que los grupos definan el esqueleto de los argumentos, objeciones, contraargumentos y definiciones a partir de los cuales elaborarán su cómic. Es importante que sepan definir alguna tesis que se intentará defender en el diálogo. También tienen que establecer una tesis contraria que permita debatir ideas en dicho diálogo; así se evita que haya solo una parte que defienda su postura sin una real contraparte. Por ejemplo: si un personaje defiende una tesis, los demás no deben limitarse a asentir.

B. Elaboración del cómic

Cada grupo inventa una conversación entre distintos personajes que vayan desplegando la estructura que diseñaron con los argumentos, objeciones y contraargumentos. En el diálogo, tiene que ir surgiendo la conveniencia de adoptar una postura política determinada frente a algún problema concreto. Es importante que los jóvenes imaginen alguna situación conflictiva que invite a debatir, a partir de los supuestos básicos de algunas de las corrientes relevantes del pensamiento político. Deben ilustrarlo mediante los dibujos y las conversaciones de los personajes.

Los grupos dejan el cómic en un lugar común de la sala para que todos los puedan revisar. El docente escoge la manera de hacerlo (por ejemplo: se pegan en las paredes, se dejan en un revistero, etc.). Otra posibilidad es que los grupos se intercambien los cómics.

Se deja un tiempo para que revisen todos los cómics.

El profesor da un tiempo para que los grupos hagan preguntas y comentarios sobre los cómics de los compañeros.

ORIENTACIONES PARA LA ACTIVIDAD DE AULA

Los siguientes indicadores de evaluación, entre otros, pueden ser utilizados para evaluar formativamente:

- Distinguen las principales corrientes de la filosofía política a partir del análisis de textos filosóficos.
- Analizan los supuestos, conceptos y métodos presentes en textos filosóficos y no filosóficos de distintas corrientes de pensamiento político.
- Elaboran un diálogo filosófico a partir de una situación concreta donde se exprese un problema político.

Después de que leyeron los textos en las etapas 1 y 2, el docente tiene que usar los comentarios de los estudiantes para complementar lo dicho en los textos al momento de debatir; es decir, debe intentar que aparezcan sus supuestos implícitos, ideas complementarias o posturas de otros autores, ya que pueden matizar las ideas del texto leído y discutido y darles un apoyo suplementario.

Procure que la discusión de las primeras etapas no se mantenga en un nivel puramente teórico; dé ejemplos de la vida real que muestren cómo se aplica concretamente las ideas de los textos.

El cómic no pretende que los alumnos ejerzan las habilidades de dibujo; pídale que se enfoquen sobre todo en crear un diálogo filosófico. La idea es que apliquen a una discusión cotidiana, los argumentos y contraargumentos que analizaron en un nivel teórico. Por ende, insista en que imaginen una situación concreta para incluir tales ideas.

Puede pedirles que voten por el mejor cómic.

Asimismo, podría eliminar la tercera etapa para sumar más horas a que hagan cómic. En este caso, conviene que analicen un ejemplo de cómic filosófico; por ejemplo: la historieta francesa Filocomix, que tiene traducciones al español. El profesor escoge algún ejemplar que trate algún tema afín y el curso lo lee en conjunto. A medida que lo leen, les pide que identifiquen: 1) las posturas que defienden los personajes y los argumentos que usan para sustentarlas; 2) cómo los personajes cambian de opinión frente a un nuevo argumento y cómo definen un término ambiguo; 3) las situaciones que eventualmente hacen cambiar las ideas de los personajes; 4) la postura final que el cómic parece defender y los argumentos decisivos para ello.

RECURSOS Y SITIOS WEB

Extractos sugeridos para las etapas 1 y 2 de la actividad:

Texto 1

Adam Smith (1723 – 1790, Escocia)

Filósofo y economista escocés cuyo pensamiento sienta las bases del capitalismo moderno y sigue inspirando a defensores del libre mercado. Según el autor, la clave del bienestar social y la extensión de los mercados están en el crecimiento económico, que se potencia mediante la división del trabajo y la libre competencia.

“Con respecto al derroche, el principio que impulsa a gastar es la pasión por el placer presente, que aunque resulta a veces violenta y muy difícil de contener, es por lo general sólo momentánea y ocasional. Pero el principio que anima al ahorro es el deseo de mejorar nuestra condición, un deseo generalmente calmo y desapasionado que nos acompaña desde la cuna y no nos abandona hasta la tumba. En todo el intervalo que separa esos dos momentos, es probable que no haya un sólo instante en que las personas se encuentren tan perfecta y plenamente satisfechas con su situación que no abriguen deseo alguno de cambio o mejora de ninguna clase. El medio a través del cual la mayoría de la gente aspira a mejorar su condición es el aumento de su fortuna. Se trata de una fórmula vulgar y evidente; y la forma en que más verosímilmente pueden incrementar su fortuna es ahorrar y acumular una parte de lo que obtengan, sea de forma regular y anual, o sea en algunas ocasiones extraordinarias. Aunque el principio del gasto prevalece en casi todos los hombres alguna vez, y en algunos hombres siempre, en la mayoría de ellos, tomando el promedio de todo el transcurso de su vida, el principio de frugalidad no sólo parece prevalecer sino predominar de manera aplastante. En lo que hace a la mala administración, el número de empresas prudentes y triunfantes es en todas partes muy superior al de empresas imprudentes y malogradas. A pesar de todas nuestras quejas sobre la frecuencia de las quiebras, los infelices que padecen esta desgracia son una parte insignificante del total de quienes se dedican al comercio y otros negocios; acaso no representen más del uno por mil. La bancarrota acaso sea la calamidad más devastadora y humillante que pueda ocurrirle a una persona inocente. La mayor parte de la gente, en consecuencia, es lo suficientemente cuidadosa como para eludirla. Es verdad que algunos no lo logran, así como otros no escapan de la horca.

Las grandes naciones nunca se empobrecen por el despilfarro y la mala administración del sector privado, aunque a veces sí por el derroche y la mala gestión del sector público. Todo o casi todo el ingreso público en la mayoría de los países se dedica a mantener trabajadores improductivos. Así son los que componen una corte espléndida, un amplio cuerpo eclesiástico, grandes flotas y ejércitos que nada producen en tiempos de paz, y que en tiempos de guerra nada consiguen que pueda compensar el coste de mantenerlos, ni siquiera mientras dura la guerra. Como esa gente no produce nada, vive sólo del producto del trabajo de otras personas. Si se multiplican en un número innecesario, puede que en un año concreto consuman una cuota tan abultada de ese producto que no quede lo suficiente para mantener a los trabajadores productivos que deben reproducirlo el año siguiente. El producto del año siguiente, en tal caso, será inferior al del año anterior, y si el mismo desorden prosigue, el del tercer año será inferior al del segundo. Esos brazos improductivos, que deberían ser sostenidos sólo por una parte del excedente del ingreso del pueblo, pueden llegar a consumir una parte enorme del ingreso total, y obligar así a un número tan grande a liquidar sus capitales, a reducir los fondos destinados al mantenimiento del trabajo productivo, que toda la frugalidad y sobriedad de los individuos no sea capaz

de compensar el despilfarro y degradación de la producción ocasionados por este forzado y violento saqueo del capital.

Sin embargo, la experiencia demuestra que la frugalidad y la buena administración, en la mayoría de los casos, es suficiente para compensar no sólo la prodigalidad y el desbarajuste de los individuos, sino el derroche del Estado. El esfuerzo uniforme, constante e ininterrumpido de cada persona en mejorar su condición, el principio del que originalmente se derivan tanto la riqueza pública como la privada, es con frecuencia tan poderoso como para mantener el rumbo natural de las cosas hacia el progreso, a pesar tanto del despilfarro del gobierno como de los mayores errores de administración. Actúa igual que ese principio desconocido de la vida animal que frecuentemente restaura la salud y el vigor del organismo no sólo a pesar de la enfermedad, sino también de las absurdas recetas del médico.

El valor del producto anual de la tierra y el trabajo de cualquier nación sólo pueden aumentar si crece el número de sus trabajadores o la capacidad productivos de los trabajadores productivos que ya están empleados. Es evidente que el número de sus trabajadores productivos nunca puede ser incrementado considerablemente si no es como consecuencia de la expansión del capital, o de los fondos destinados a mantenerlos. La capacidad productiva del mismo número de trabajadores no puede aumentar sino como resultado de un añadido o mejora en las máquinas e instrumentos que facilitan y abrevian el trabajo, o de una mejor división y distribución del trabajo. En ambos casos se requiere casi siempre un capital mayor. Sólo con un capital adicional podrá un empresario cualquiera suministrar a sus trabajadores una maquinaria más adelantada u organizar mejor la distribución de la actividad entre ellos. Cuando la tarea a realizar consiste en una serie de partes, el mantener a todas las personas empleadas constantemente de una forma requiere un capital mucho mayor que cuando cada persona está ocasionalmente ocupada de cada una de las diversas partes de la tarea. Entonces, cuando comparamos la situación de un país en dos períodos diferentes y observamos que el producto anual de su tierra y su trabajo es manifiestamente mayor en el segundo que en el primero, que sus tierras están mejor cultivadas, sus industrias más numerosas y florecientes y su comercio más extendido, podemos estar seguros de que su capital debe haber aumentado en el intervalo de los dos períodos, y que se debe haber añadido al mismo más por la buena administración de algunos que lo que ha sido retirado, sea por el mal manejo de otros o por el despilfarro del gobierno. Comprobaremos que tal ha sido el caso en la mayoría de los países en todas las épocas razonablemente ordenadas y pacíficas, incluso en aquellos que no disfrutaron de los gobiernos más prudentes y parsimoniosos. Para formarnos un juicio correcto, deberemos comparar el estado de la nación en períodos algo distantes entre sí. El desarrollo es con frecuencia algo tan gradual que, en períodos próximos, el progreso no sólo es imperceptible, sino que puede ocurrir que la decadencia de ciertas ramas de la economía o de ciertas zonas del país, algo que puede ocurrir aunque el país en general atraviese una intensa prosperidad, despierte frecuentemente la sospecha de que todas las riquezas y las actividades están decayendo.

El producto anual de la tierra y el trabajo de Inglaterra, por ejemplo, es ciertamente mucho mayor de lo que era hace poco más de un siglo, cuando la restauración de Carlos II. Aunque creo que pocas personas pondrían esto en duda, fue raro que pasaran cinco años a lo largo de todo este período sin que se publicara un libro o folleto, escrito con la habilidad suficiente como para causar alguna impresión en el gobierno, con la pretensión de demostrar que la riqueza de la nación se estaba hundiendo a pasos agigantados, que el país estaba despoblado, la agricultura olvidada, la industria languidecía y el comercio se había estancado. No todas esas publicaciones fueron panfletos partidistas, desdichados productos de

la falsedad y la venalidad. Muchos de ellos fueron escritos por personas muy sinceras y muy inteligentes, que sólo escribían lo que pensaban y por ninguna otra razón sino porque así lo pensaban.

El producto anual de la tierra y el trabajo e Inglaterra, asimismo, fue mayor cuando la restauración que lo que podemos suponer que era cien años antes, cuando subió al trono la reina Isabel. Tenemos también razones para estimar que en ese momento el país estaba mucho más desarrollado que un siglo antes, cuando las disensiones entre las casas de York y Lancaster tocaban a su fin. Incluso entonces estaba probablemente en mejores condiciones que cuando la conquista normanda, y mejor durante ésta que en el confuso período de la heptarquía sajona. Y hasta en ese momento tan remoto, el país se hallaba ciertamente más desarrollado que en tiempos de la invasión de Julio César, cuando sus habitantes estaban en una situación similar a la de los salvajes de América del Norte.

Sin embargo, en todos esos períodos hubo no sólo abundante derroche privado y público, varias guerras costosas e innecesarias, intensa desviación del producto anual de la manutención de brazos productivos hacia la de brazos improductivos, sino que en algunas ocasiones, en la confusión del conflicto civil, se produjo una liquidación y destrucción de capital de tal calibre que cualquiera supondría que no sólo retrasó la acumulación natural de riquezas, algo que ciertamente ocurrió, sino que dejó al país al final del período más pobre que al principio. En la etapa más feliz y afortunada de todas, la que ha transcurrido desde la restauración, ¿cuántas perturbaciones y desgracias han sobrevenido que, de haber sido previstas, habrían hecho esperar no simplemente el empobrecimiento sino la ruina total del país? El incendio y la peste de Londres, las dos guerras con Holanda, los desórdenes de la revolución, la guerra en Irlanda, las cuatro costosas guerras con Francia de 1688, 1702, 1742 y 1756, además de las dos insurrecciones de 1715 y 1745. Durante las cuatro guerras con Francia, la nación se endeudó en más de ciento cuarenta y cinco millones, además de todos los gastos anuales extraordinarios que ocasionaron, con lo que el total no puede ser estimado en menos de doscientos millones. Igualmente grande es la sección del producto anual de la tierra y el trabajo del país que ha sido, en distintos momentos desde la revolución, empleada en sostener un número extraordinario de trabajadores improductivos. Pero si esas guerras no hubiesen forzado a un capital tan grande en esa dirección, la mayoría del mismo habría sido naturalmente invertida en la manutención de brazos productivos, cuyo trabajo habría repuesto con un beneficio todo el valor de su consumo. El valor del producto anual de la tierra y el trabajo del país habría sido por ello incrementado notablemente en cada año, y el aumento de cada año habría aumentado todavía más el del año siguiente. Se habría construido más casas, roturado más tierras, y las que se hubiese roturado antes habrían sido mejor cultivadas, se habría establecido más industrias, y las ya instaladas habrían progresado más; y no es fácil conjeturar el nivel al que podrían haber llegado en la actualidad la riqueza y el ingreso reales del país. Aunque el derroche del gobierno indudablemente retrasó el desarrollo natural de Inglaterra hacia la riqueza y el progreso, no fue capaz de detenerlo. El producto anual de su tierra y su trabajo es evidentemente muy superior hoy que en la restauración o la revolución. Por lo tanto, el capital invertido anualmente en el cultivo de esa tierra y el mantenimiento de ese trabajo debe ser también muy superior. Frente a todas las exacciones del Estado, este capital ha sido silenciosa y paulatinamente acumulado por la frugalidad privada y el buen comportamiento de los individuos, por su esfuerzo universal, continuo e ininterrumpido en mejorar su propia condición. Este esfuerzo, protegido por la ley y que gracias a la libertad se ha ejercitado de la manera más provechosa, es lo que ha sostenido el desarrollo de Inglaterra hacia la riqueza y el progreso en casi todos los tiempos pasados, y es de esperar que lo siga haciendo en el futuro. Y así como Inglaterra nunca tuvo la suerte de

contar con un gobierno parsimonioso, tampoco ha sido la frugalidad la virtud característica de sus habitantes. Resulta por ello una grandísima impertinencia y presunción de reyes y ministros el pretender vigilar la economía privada de los ciudadanos, y restringir sus gastos sea con leyes suntuarias o prohibiendo la importación de artículos extranjeros de lujo. Ellos son, siempre y sin ninguna excepción, los máximos dilapidadores de la sociedad. Que vigilen ellos sus gastos, y dejen confiadamente a los ciudadanos privados que cuiden de los suyos. Si su propio despilfarro no arruina al Estado, el de sus súbditos jamás lo hará.

Así como la frugalidad aumenta el capital público y el dispendio lo disminuye, la conducta de aquellos cuyo gasto coincide con su ingreso, al no acumularlo pero tampoco liquidarlo, ni lo aumenta ni lo disminuye. Sin embargo, algunas clases de gasto parecen contribuir más a la riqueza pública que otras”. (Adam Smith, *La riqueza de las naciones*, Alianza, 2016, pp. 438-444).

Texto 2

Karl Marx (1818 – 1883, Alemania)

Filósofo y economista alemán cuyo pensamiento sienta las bases del marxismo y contribuyó al nacimiento de la sociología moderna. Según el autor, todas las sociedades avanzan inevitablemente por medio de la dialéctica de la lucha de clases. Afirma que, como el capitalismo y sus mecanismos de división del trabajo benefician exclusivamente a los dueños de los medios de producción, será reemplazado por un nuevo sistema a cargo del proletariado.

“La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones. La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios, destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo

común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal.

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. El bajo precio de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza.

La burguesía somete el campo al imperio de la ciudad. Crea ciudades enormes, intensifica la población urbana en una fuerte proporción respecto de la campesina y arranca a una parte considerable de la gente del campo al cretinismo de la vida rural. Y del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y semi-bárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente.

La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra en manos de unos cuantos la propiedad. Este proceso tenía que conducir, por fuerza lógica, a un régimen de centralización política. Territorios antes independientes, apenas aliados, con intereses distintos, distintas leyes, gobiernos autónomos y líneas aduaneras propias, se asocian y refunden en una nación única, bajo un Gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una sola línea aduanera.

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sometimiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que, en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre, yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción?

Hemos visto que los medios de producción y de transporte sobre los cuales se desarrolló la burguesía brotaron en el seno de la sociedad feudal. Cuando estos medios de transporte y de producción alcanzaron una determinada fase en su desarrollo, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y comerciaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen feudal de la propiedad, no correspondían ya al estado progresivo de las fuerzas productivas. Obstruían la producción en vez de fomentarla. Se habían convertido en otras tantas trabas para su desenvolvimiento. Era menester hacerlas saltar, y saltaron.

Vino a ocupar su puesto la libre concurrencia, con la constitución política y social a ella adecuada, en la que se revelaba ya la hegemonía económica y política de la clase burguesa.

Pues bien: ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo semejante. Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas, la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas

productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que a cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; se diría que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilado, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer. ¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas.

Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella.

Y la burguesía no sólo forja las armas que han de darle la muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los proletarios.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, se desarrolla también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste alimenta a incremento el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado.

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero. El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso, los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y como una de tantas, el trabajo equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es el trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero. Más aún: cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta también éste, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etc.”. (Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del partido comunista*, Fundación de Investigaciones Marxistas, Madrid, 2013, trad. Wenceslao Roces, pp. 54-59).